

Marie Belloc Lowndes

El huésped

TRADUCCIÓN DE SUSANA CARRAL



menos**cuarto**

Colección CUADRANTE NUEVE

Título original: *The Lodger*

© Marie Adelaide Belloc Lowndes, 1913

© de la traducción, Susana Carral, 2015

ISBN: 978-84-15740-29-2

Dep. Legal: P-298/2015

Diseño de colección: ECHEVE

Fotografía de portada: ©AGE FOTOSTOCK

Corrección de pruebas: BEATRIZ ESCUDERO

Impresión: GRÁFICAS ZAMART (PALENCIA)

Printed in Spain - Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES

Pza. Cardenal Almaraz, 4-1º F

34005 PALENCIA

Tfno. y fax: (+34) 979 701 250

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

«Has alejado de mí amigos y compañeros,
y son mis parientes las tinieblas.»

SALMOS, 88:19

CAPÍTULO I

Robert Bunting y su esposa, Ellen, se sentaban ante una lumbre cuidadosamente dispuesta que ardía despacio.

La estancia estaba muy limpia y bien cuidada, sobre todo teniendo en cuenta que formaba parte de una casa situada en una vía pública londinense bastante mugrienta, aunque no exactamente sórdida. Un desconocido que estuviera de paso, en concreto uno que perteneciera a una clase superior a la de ellos, al abrir de repente la puerta de aquella sala, habría pensando que el señor y la señora Bunting componían la agradable y acogedora imagen de una vida conyugal tranquila y relajada. Bunting, recostado en una butaca de cuero, estaba perfectamente afeitado y pulcro, y conservaba el aspecto de lo que había sido durante muchos años de su vida: un criado digno.

En su esposa, que ahora ocupaba una incómoda silla de respaldo recto, las señales de la pasada servidumbre resultaban menos evidentes, aunque también se apreciaban en su impecable vestido de paño negro y en su cuello y sus puños, escrupulosamente limpios y sencillos.

Pero si hay algo que resulta cierto en relación al inglés medio es ese proverbio tan manido según el cual las apariencias engañan. El señor y la señora Bunting estaban sen-

tados en una sala muy agradable y en su momento —¡cuánto tiempo parecía haber pasado ya!— ambos se habían sentido orgullosos de sus pertenencias cuidadosamente escogidas. En aquella sala todo era sólido y resistente y cada mueble había sido adquirido en una subasta celebrada en un domicilio privado.

Así habían comprado a precio de saldo las cortinas de damasco rojo que ahora los protegían del ambiente cargado de niebla y llovizna que dominaba Marylebone Road, y que, a pesar de su bajo precio, sin duda durarían otros treinta años más. La excelente alfombra de Axminster que cubría el suelo también había sido una ganga, al igual que la butaca en la que ahora Bunting se sentaba incorporado, mirando al fuego que ardía sin fuerza. De hecho, aquella butaca había sido un despilfarro de la señora Bunting: quería que su esposo estuviese cómodo tras todo un día de trabajo y había pagado treinta y siete chelines por ella. El día anterior Bunting había intentado encontrar un vendedor, pero el hombre que acudió a verla, al adivinar el estado de necesidad en el que se encontraban, solo les había ofrecido doce chelines y seis peniques, por eso de momento la conservaban.

Sin embargo, los hombres y las mujeres no buscan solo la comodidad material, por mucho que los Bunting de este mundo la valoren. Y así, las paredes de la sala estaban cubiertas de fotografías, enmarcadas con esmero y algo descoloridas, en las que se veía a los distintos jefes para los que habían trabajado el señor y la señora Bunting, y las hermosas casas en las que habían vivido por separado durante sus muchos años de venturosa servidumbre.

Pero en el caso de esta desdichada pareja, las apariencias engañaban más de lo normal, porque a pesar de la

calidad de su mobiliario —ese valioso signo externo de respetabilidad que quienes tienen problemas intentan conservar hasta el final—, los Bunting se encontraban en las últimas. Habían aprendido a pasar hambre y se estaban acostumbrando a pasar frío. Ya hacía tiempo que él se abstenía de fumar, aunque el tabaco sea la última comodidad a la que cualquier hombre renuncia, e incluso la señora Bunting, una mujer remilgada, prudente y cauta a su manera, comprendía lo que eso significaba para su marido. Tan bien lo comprendía que unos días atrás se había escabullido para comprarle un paquete de tabaco Virginia.

Bunting se sintió emocionado. Hacía años que el amor y las atenciones de una mujer no lo emocionaban tanto. A sus ojos habían asomado las lágrimas y ambos, marido y mujer, se conmovieron a su manera extraña y desapasionada.

Por suerte él nunca imaginó —¿cómo iba a hacerlo, con su mente lenta, tradicional y algo torpe?— que su pobre Ellen se había arrepentido más de una vez de haber gastado aquellos cuatro peniques y medio, pues ya se encontraban muy cerca de ese pozo sin fondo que separa a quienes habitan el valle de la seguridad —esos que llevan una vida respetable e incluso feliz— de las multitudes sumergidas que, debido a alguna carencia propia o a las circunstancias según las que se organiza nuestra curiosa civilización, luchan a la deriva hasta que mueren en algún asilo para pobres, hospital o prisión.

Si los Bunting hubiesen pertenecido a una clase inferior a la suya, a ese enorme grupo de seres humanos que conocemos como pobres, habrían contado con algún vecino amable dispuesto a ayudarlos. Lo mismo habría ocurrido de haber formado parte de esa clase de gentes petulantes,

bienintencionadas y poco imaginativas a quienes habían servido durante tantos años.

Solo existía una persona en el mundo capaz de echarles una mano: la tía de la primera mujer de Bunting. Era viuda de un hombre acomodado y con ella vivía Daisy, la única hija de Bunting, que este había tenido con su primera esposa. El hombre llevaba dos días convenciéndose de que debía escribir a la anciana, aunque sospechaba que, casi sin duda, como respuesta iba a recibir un cruel y mordaz rechazo.

En lo que respecta a sus pocos conocidos, antiguos criados como ellos, habían ido perdiendo el contacto poco a poco. Solo tenían un amigo que los visitaba a menudo. Se trataba de un joven llamado Chandler, cuyo abuelo había sido mayordomo en la casa en la que Bunting era lacayo, muchos años atrás. Joe Chandler nunca había entrado a servir, sino que era agente de Policía y pertenecía al cuerpo de detectives.

Cuando alquilaron la casa que, según ambos pensaban, les había traído tan mala suerte, Bunting había animado al joven a pasarse por allí siempre que pudiera, porque le gustaba escuchar sus anécdotas, tan emocionantes le parecían. Pero ahora el pobre Bunting no quería oír esa clase de relatos, que trataban de personas a las que la Policía «pillaba» o permitía escapar a un destino, según Chandler, más que merecido.

Sin embargo, Joe aún iba a verlos una o dos veces por semana, programando sus visitas de forma que sus anfitriones no se viesan obligados a invitarlo a comer. Y no solo eso, había hecho algo que demostraba lo bueno y sensible que era: le ofreció un préstamo al amigo de su abue-

lo y Bunting, al final, acabó por aceptar treinta chelines, que ya casi habían gastado. Él llevaba algo de calderilla en el bolsillo y su mujer guardaba dos chelines y nueve peniques. Eso, y el dinero para la renta que debían pagar dentro de cinco semanas, era lo único que les quedaba: ya habían vendido todos los objetos pequeños y fáciles de transportar. La señora Bunting sentía pavor de las casas de empeño. Nunca había pisado semejante lugar y juraba que no pensaba hacerlo: antes prefería morir de hambre.

Pero no había dicho nada al ver desaparecer poco a poco los distintos bienes que Bunting tanto apreciaba, sobre todo el anticuado reloj de oro con leontina que le habían regalado tras la muerte de su primer señor, al que había cuidado con cariño y lealtad durante una enfermedad muy larga y dolorosa. También habían desaparecido un alfiler de corbata de oro y un anillo de luto, ambos regalo de sus antiguos jefes.

Cuando alguien vive cerca de esa brecha profunda que separa lo seguro de lo incierto, cuando se ve empujado a acercarse cada vez más al temido abismo, por muy locuaz que haya sido, se vuelve propenso a callar. Bunting siempre había sido un hombre hablador, pero ahora guardaba silencio. Tampoco hablaba la señora Bunting, aunque siempre había sido reservada, uno de los motivos por los que Bunting se había sentido atraído por ella desde que la vio por primera vez.

Ocurrió de la siguiente manera: una dama acababa de contratarlo como mayordomo y el hombre al que iba a sustituir lo acompañó al comedor, donde —según sus propias palabras— había descubierto a Ellen Green, que servía con gran cuidado la copa de oporto que su señora de entonces

tenía por costumbre tomar a las once y media de la mañana. En el momento en que él, el nuevo mayordomo, la había visto tapar con esmero la licorera y devolverla al enfriador, se había dicho a sí mismo: «¡Esa mujer me conviene!».

Pero ahora su quietud, su mutismo sacaban de quicio al pobre hombre. A Bunting ya no le apetecía recorrer las tiendecitas de la zona a las que acudía en los buenos tiempos, y su mujer también se iba lejos, cada pocos días, a fin de realizar las escasas compras necesarias para no morir de hambre.

De repente, en el silencio de aquel oscuro atardecer de noviembre, se oyó un ruido de pasos apresurados y las voces estridentes de los vendedores de periódicos callejeros que anunciaban las ediciones vespertinas.

Bunting se movió inquieto en su butaca. La renuncia al periódico había sido, después de la del tabaco, el sacrificio más amargo para él. La costumbre de leerlo estaba incluso más arraigada en él que la de fumar, pues es bien sabido que los criados son muy aficionados a la prensa.

Al oír las voces colarse a través de las ventanas cerradas y las gruesas cortinas de damasco, Bunting sintió una súbita avidez de noticias. ¡Era una vergüenza, una auténtica vergüenza, que él no pudiera enterarse de lo que ocurría en el mundo! Solo los delincuentes se ven privados de saber lo que pasa tras las paredes de sus celdas. Y aquella forma de desgañitarse auguraba que algo verdaderamente emocionante había acontecido, algo que sin duda haría olvidar a cualquiera sus propias dificultades.

Se puso en pie, se acercó a una de las ventanas y aguzó el oído. Entre la algarabía de voces destacaba de vez en cuando una palabra: «¡Asesinato!».

Poco a poco, el cerebro de Bunting consiguió poner orden en aquel griterío impreciso. Sí, eso era: «¡Espantoso asesinato! ¡Asesinato en St. Pancras!».

Bunting recordó otro asesinato cometido en los alrededores de St. Pancras, el de una anciana dama que había muerto a manos de su doncella. Había ocurrido muchos años atrás, pero, debido a lo especial del caso, aún se recordaba entre la clase a la que él había pertenecido.

Los vendedores de periódicos —había más de uno, lo que resultaba poco corriente en Marylebone Road— se iban acercando. Ahora gritaban algo distinto, aunque con la misma insistencia, pero él no era capaz de descifrar lo que decían. De repente lo entendió: «¡El Vengador! ¡El Vengador ataca de nuevo!».

Durante las dos semanas anteriores, se habían cometido en Londres, dentro de un área relativamente pequeña, tres asesinatos brutales y muy extraños.

El primero no había despertado gran interés. El segundo tampoco había ocupado demasiadas líneas en el periódico que Bunting aún compraba. Pero había llegado el tercero, que provocó un gran revuelo, porque prendido al vestido de la víctima —una mujer borracha— habían encontrado un triángulo de papel, en el que con letras de imprenta y tinta roja habían escrito:

«EL VENGADOR»

Entonces, no solo aquellos cuyo deber es investigar unos sucesos tan horribles, sino también la gran cantidad de hombres y mujeres que se interesan por esa clase de misterios siniestros, comprendieron que el mismo malhe-

chor había cometido los tres asesinatos. Antes de que algo tan extraordinario hubiese tenido tiempo de calar a fondo en la opinión pública, se producía otro crimen, que el asesino utilizaba para dejar claro que una oscura y terrible sed de venganza lo impulsaba a matar. Ahora todo el mundo hablaba del Vengador y sus crímenes. Incluso aquel mismo día, el repartidor que les llevaba la leche había charlado con Bunting al respecto.

Bunting se acercó de nuevo a la chimenea y, nervioso, miró a su mujer. Al ver su rostro pálido y apático, y aquel gesto de tristeza y aburrimiento que lo dominaba, se enfadó. ¡Le entraron ganas de zarandearla!

Ellen casi ni se había molestado en escucharlo aquella mañana, cuando volvió a la cama y le contó lo que había dicho el lechero. Incluso se había puesto antipática al darle a entender que no le gustaba oír esas cosas tan desagradables.

Resultaba curioso que, aunque la señora Bunting disfrutaba con las historias sensibleras y escuchaba con frío regocijo los detalles de cualquier incumplimiento de compromiso matrimonial, retrocediese horrorizada ante el relato de una inmoralidad o un acto de violencia física. En aquellos tiempos felices en los que podían permitirse comprar el periódico —sí, e incluso más de uno—, Bunting se había visto obligado a tragarse el interés y la grata relajación mental que le provocaba algún caso o misterio emocionante, porque cualquier alusión al respecto hacía enfadar a Ellen.

Pero ahora se sentía demasiado aburrido y desdichado para preocuparse por ella. Se dirigió despacio e inseguro hacia la puerta. Al llegar giró la cabeza y en su rostro redondo y bien afeitado apareció esa expresión entre píca-

ra y suplicante con la que el niño a punto de hacer una travesura mira a sus padres.

Sin embargo, la señora Bunting no se inmutó. Sus hombros estrechos y delgados sobresalían del respaldo de la silla en la que se sentaba rígida, mirando al vacío que se abría frente a ella.

Bunting abrió la puerta, salió con prisa a la oscuridad del vestíbulo —hacía tiempo que habían renunciado a encender aquella luz de gas— y franqueó la puerta de la calle. Recorrió el corto sendero enlosado y abrió la verja de hierro que daba a la acera mojada. En ese momento dudó. Le pareció que en su bolsillo había menos monedas de las que creía tener y recordó lo mucho que Ellen podía hacer con los cuatro peniques que él se iba a gastar.

En ese momento, un vendedor callejero se acercó a él con un manojo de periódicos y Bunting, enormemente tentado, no pudo resistirse.

—Dame el *Sun* —dijo con brusquedad—. El *Sun* o el *Echo*.

Pero el chico, casi sin detenerse para coger aliento, negó con la cabeza.

—Solo me quedan de un penique. ¿Qué le doy, señor?

Con una avidez que lo avergonzó, Bunting sacó un penique del bolsillo y cogió el periódico que le tendía el chico: era el *Evening Standard*.

Después cerró la verja y recorrió el sendero despacio, a pesar del frío, pensando con alegría en el buen rato que le esperaba.

Gracias a aquel penique que tan imprudentemente había gastado, pasaría una o dos horas felices, olvidado de su desánimo, su depresión y su ansiedad. Le molestaba

pensar que aquellos momentos de tregua en su estado de preocupación constante no iban a ser compartidos con su pobre esposa, con la agobiada e intranquila Ellen.

Una oleada de desasosiego que se acercaba al remordimiento se apoderó de Bunting. Ellen jamás se habría gastado ese penique en algo para ella. Eso lo sabía muy bien. Si no hubiese hecho tanto frío, no estuviera tan baja la niebla y no lloviznase tanto, habría vuelto a salir para disfrutar del periódico bajo la farola de la calle. Se ponía nervioso al pensar en la fría mirada de reprobación que le dedicarían los ojos azul claro de Ellen. Esa mirada le diría que no tenía derecho a gastarse un penique en un periódico y que lo sabía de sobra.

De repente se abrió la puerta que tenía delante y oyó una voz conocida que, algo enfadada y al mismo tiempo alarmada, le decía:

—¿Qué diantres haces ahí fuera, Bunting? Entra de una vez. ¡Te vas a morir de frío! No quiero que te pongas enfermo, encima de todo lo demás.

Últimamente la señora Bunting casi nunca pronunciaba tantas palabras seguidas. Bunting cruzó la puerta de entrada de su deprimente casa.

—Salí a comprar un periódico —dijo con hosquedad.

Al fin y al cabo, él mandaba allí. Tenía tanto derecho a gastar el dinero como ella. Además, la suma gracias a la que vivían ahora se la había prestado a él —y no a Ellen— ese joven tan amable, Joe Chandler, que tanto había insistido para que la aceptase. Él, Bunting, ya no podía hacer más: había empeñado todo cuanto podía empeñarse, mientras que Ellen aún llevaba su anillo de casada, algo que lo llenaba de rencor.

Pasó junto a ella pisando con fuerza y, aunque Ellen no dijo nada, él sabía que estaba resentida porque iba a disfrutar de un rato entretenido. Luego, lleno de ira hacia ella y de desprecio por sí mismo, se permitió el lujo de soltar un juramento insignificante —porque Ellen había dejado claro desde el principio que no soportaría juramentos ni blasfemias en su presencia— y encendió la luz de gas del vestíbulo.

—¿Cómo vamos a tener huéspedes si ni siquiera pueden ver el cartel?

Tenía razón al decirlo porque ahora que había encendido la luz, el cartel rectangular —aunque no la palabra «Habitaciones» escrita en él— se recortaba claramente sobre el anticuado montante en abanico de la puerta principal.

Bunting entró en la sala seguido por su mujer y, después de sentarse en su cómoda butaca, atizó la lumbre que ardía despacio. Era la primera vez que Bunting atizaba el fuego en muchos días y aquella forma de ejercer su autoridad marital lo hizo sentirse mejor. A veces, el hombre ha de imponerse y él llevaba bastante tiempo sin imponerse lo suficiente.

El rostro macilento de la señora Bunting recuperó algo de color: no estaba acostumbrada a que la desobedecieran de aquella forma porque, excepto cuando se enfadaba de verdad, Bunting era el más afable de los hombres.

Empezó a moverse por la habitación, sacudiendo una mota de polvo imperceptible aquí y enderezando un mueble allá. Pero le temblaban las manos de rabia, autocompasión e ira. ¿Un penique? ¡Qué horror, tener que preocuparse por un penique! Pero habían llegado al punto de

hacerlo y lo curioso era que su marido no fuese consciente de ello.

Bunting echó un par de ojeadas a su alrededor. Le habría gustado pedirle a Ellen que dejase de enredar, pero deseaba mantener la paz y quizás para entonces ya se sintiera un poco avergonzado de sí mismo, así que no dijo nada y al poco tiempo ella dejó de hacer lo que a él tanto le molestaba.

Sin embargo, la señora Bunting no fue a sentarse junto a él, como a su marido le habría gustado. Verlo tan absorto en el periódico la irritó y quiso alejarse de allí. Abrió la puerta que separaba la sala del dormitorio y, tras bloquear la molesta visión del esposo cómodamente apoltronado junto al fuego que ahora ardía con fuerza y el periódico abierto frente a él, se sentó a oscuras en medio del frío de la habitación y se apretó las sienes con las manos.

Nunca se había sentido tan desesperada y quebrantada como entonces. ¿De qué servía haber sido una mujer íntegra, concienzuda y digna durante toda su vida, si había acabado en medio de aquella pobreza degradante, en medio de tanta miseria? Bunting y ella ya habían sobrepasado la edad en la que la gente de buena familia considera adecuado que un matrimonio quiera entrar a servir en la misma casa, a no ser que la esposa sea una cocinera reconocida. Una cocinera y un mayordomo siempre encuentran buenos puestos. Sin embargo, la señora Bunting no era cocinera: podía ocuparse sin problemas de las comidas sencillas que pidieran sus huéspedes, pero nada más.

¿Huéspedes? ¡Qué insensatez pensar en aceptar huéspedes! Porque había sido idea suya y Bunting había accedido a su propuesta sin rechistar.

Aunque al principio no les había ido mal, con su casa de huéspedes en una villa costera. Allí habían prosperado, no tanto como esperaban, pero no podían quejarse. Hasta que cayó sobre ellos una epidemia de escarlatina. Eso había supuesto su ruina y la de decenas... no, cientos de personas tan desafortunadas como ellos. Después lo habían intentado con un negocio que acabó en desastre y los dejó endeudados con un bondadoso caballero que había sido su jefe. Tan endeudados que nunca podrían pensar en pagarle.

Tras eso, en lugar de volver a servir como deberían haber hecho, ya fuese juntos o por separado, habían decidido realizar un último esfuerzo y, con el poco dinero que les quedaba, alquilaron aquella casa de Marylebone Road.

En el pasado, cuando ambos llevaban esa existencia protegida, impersonal, y sobre todo económicamente sencilla que es la compensación recibida por quienes deliberadamente aceptan el yugo del servicio doméstico, los dos habían ocupado casas que daban a Regent's Park. Por eso les había parecido buena idea establecerse en la misma zona, sobre todo porque Bunting, que conservaba su buen aspecto, había mantenido una serie de contactos que le permitían trabajar de vez en cuando como camarero en ciertas fiestas privadas.

Pero la vida avanza veloz y de forma accidentada para personas como los Bunting. Dos de sus antiguos señores se habían mudado a otra zona de Londres y un proveedor de comidas por encargo de Baker Street, para el que su marido trabajaba a veces, se había arruinado.

¿Y ahora? Pues en aquel momento Bunting no hubiese podido aceptar ningún trabajo, aunque se lo hubieran

ofrecido, porque había empeñado su ropa de etiqueta. No había pedido el permiso de su mujer, como haría un buen esposo. La empeñó sin más. Y ella no fue capaz de decir nada. No. Había sido con parte de ese dinero, que él le entregó en silencio al regresar de la casa de empeños, con lo que ella le había comprado el último paquete de tabaco.

Entonces, mientras la señora Bunting pensaba con dolor en todo aquello, en la puerta principal se oyeron con claridad unos golpes temblorosos.